

# Capítulo 1 - - Luces Pálidas

- Capítulo 1 - - Luces Pálidas

# Capítulo 1 - - Luces Pálidas

Tristán despertó al suave balanceo del barco.

El interior de la cabina permanecía oscuro; su ropa de cama, apretada alrededor de su cuerpo, reflejaba la frescura de los vientos del mar. Sus ojos de ladrón permanecieron cerrados, incluso cuando alertó su oído, cada crujido de la vieja nao le mantenía en tensión: sonaba como si alguien caminara sobre un suelo antiguo. Aunque La Vista Justa era lo suficientemente grande como para tener su propia cabina con una cerradura en la puerta, Tristán había pasado gran parte de su vida practicando cómo abrir cerraduras.

Pero eso no era ninguna garantía de seguridad.

No es que tuviera motivos sólidos para temer por su vida, siendo un vigilante en un barco de la Patrulla rumbo a la escuela de la Patrulla. Sin embargo, algo en el silencio casi absoluto y en la oscuridad de la cabina... Y aquel sonido no era solo el crujir de la madera. Movimiento, pensó Tristán, abriendo de golpe los ojos y lanzándose fuera de la cama. Una daga golpeó el cabecero con un fuerte golpe, a apenas media pulgada de su rostro, y mientras arrojaba su ropa de cama hacia el atacante, el ladrón alcanzó la daga que yacía debajo de su almohada.

Pero no estaba allí. Maldición. Rasgó la daga del cabecero justo a tiempo para que le dieran una patada en el estómago. Retrocedió tambaleándose, golpeando a ciegas, y escuchó un resoplido cuando le atraparon la muñeca. Se movió con la presión, aunque esta la retorció tras su espalda. Sintió un golpe de rodilla en el costado, pero la atacante hizo caso omiso y le derribó, soltando sus pies del suelo. Cayendo al suelo, se giró, protegiendo sus costillas de otro golpe, y cortó con su cuchillo en la pierna del adversario.

La herida brotó sangre, atravesando una fina capa de tela, pero su triunfo sería breve cuando una suela le presionó la garganta. Cuando no le empujaron inmediatamente el faringe para matarlo, se dio cuenta de que algo andaba mal—no dispuso de tiempo para meditar, apartó ese pie y se golpeó la cabeza con la entrepierna de su atacante. Una mujer, dedujo por lo que golpeó y el leve gruñido de dolor antes de que le dieran una patada en la cara y retrocediera. Corriendo a toda prisa, se levantó y...

Su pierna cedió. Sus extremidades temblaban, como si hubiera sido...

“Veneno en el agarre del cuchillo,” dijo Abuela. “Ese fue tu primer error.”

Eso explicaba por qué Fortuna no le había despertado. Ella evitaba a Abuela como la peste.

“Ouch,” respondió Tristán con elegancia, desplomándose en el suelo.

Sus extremidades estaban en rebelión, y los pillos, y seguro que su cara se llenaría de moretones.

“¿Cuál?” logró articular.

“Toxina de mariscos, mi propia receta,” dijo ella. “Estarás bien en una hora. Exceptuando la diarrea, que llamaremos el precio de haberte confiado demasiado.”

Tristán emitió un alarido. ¿Diarrea en serio? No había privacidad en un barco; todos oírían. La humillación sería la prueba de quién enfrentaba, aunque no pudiera distinguirla claramente en la oscuridad. Incluso sin linterna, vislumbró la silueta de ella sentada en el borde de su cama. Abuela era bastante baja, apenas cinco pies con algo, pero su impresionante melena de cabello blanco la hacía parecer más alta—el estilo de su melena rizada a la altura media casi parecía regio.

Sus pómulos rojos y afilados, con mejillas tensas y una barbilla prominente, completaban la imagen de una matriarca de la familia Sacromonte, y sus ojos stern color vino ayudaban a reforzar esa impresión. Abuela parecía frágil, toda piel arrugada y huesos, hasta que te pateaba en el estómago con la fuerza de un carro.

—Ahora—, dijo ella—. ¿Cuál fue tu segundo error?

El ladrón se obligó a pensar, aunque sus extremidades temblaban inútiles, mientras yacía de lado y miraba a su maestra. La dosis debió haber sido muy precisa para que la toxina debilitara sus músculos pero dejara su lengua intacta.

—Debería haber gritado por ayuda—, se dio cuenta después de un latido.

—Sí—, asentó Abuela—. Ahora formas parte de la Vigilancia. Debes aprender a usar esa capacidad, a desprenderte de los hábitos de la Murk.

Ni siquiera lo había pensado. En su tierra, pedir ayuda era una apuesta en el mejor de los casos, y cuando eras ladrón, las probabilidades de que los refuerzos estuvieran de tu lado hacían que esa jugada solo la aceptaba la Ladrona de Altas Apuestas. Tristan asintió lentamente. Los demás, Maryam, Tredegar e incluso Song, habrían acudido en su ayuda si hubieran oído. Lo sabía, en lo profundo, aunque aún no era un instinto.

—Siempre dijiste que no había que echar raíces—, comentó.

Se apartó de la pregunta directa, pues no había demostrado lo suficiente en su prueba como para merecer el derecho a pedir lo que quisiera —solo recibiría lo que ella quisiera ofrecerle, nada más.

—A los otros, sus pactos les enseñarán que una hermandad es una cosa sagrada—, le dijo Abuela—. Solidaridad más allá de la ley y la razón. Pero no es así.

Se inclinó hacia adelante.

—No tienes el lujo de esa mentira—, comentó la anciana—. Serás una Máscara, Tristan Abrascal. Una criatura de ángulos y engaños, hijo bastardo de la necesidad. La Krypteia es despreciada por otros pactos porque, en verdad, somos más un freno para ellos que para los enemigos de la Vigilancia.

No podía verlo claramente, pero sintió que Abuela sonreía.

—Cúdalos, si quieres—, dijo—. Pero nunca olvides que, si traicionan a la Vigilancia, serás tú quien tendrá que poner ven en su té matutino.

Y una parte de él se rebeló ante eso, no solo por el asesinato, sino por la injusticia de ello —que todos los demás pudieran tener un hogar mientras él solo tendría una habitación—, pero otra aceptó la realidad sin pestañear. Era lógico. Toda su vida, Abuela le había enseñado a usar a la multitud sin ser parte de ella; esto no era más que una prolongación de una vieja lección. Ella no era del tipo de mujer cuyas enseñanzas hicieran excepciones; ni siquiera la Vigilancia escapaba a esa regla.

Había allí una cálida y afilada seguridad, como un alivio cortante. Algunas cosas no cambian.

—Tu actuación esta noche fue apenas aceptable—, continuó Abuela—, pero te prometí respuestas antes de enviarte por el camino hacia el Dominio. Puedes preguntar.

Tristan tragó saliva, con cien curiosidades atascadas en la garganta, sintiendo que por un momento estallarían. Debía escoger con cuidado, se dijo, porque ella no sería paciente para siempre. Algo importante, un secreto útil. Y sin embargo, lo que salió de sus labios fue todo menos eso.

—Me entrenaste para esto—, dijo. —Todo este tiempo, ¿me preparaste para la Vigilancia?

—Sí—, respondió Abuela simplemente.

—¿Por qué?—.

—¿Por qué afilar un cuchillo en la piedra, un arado en la tierra?—, preguntó—. Porque eso es su propósito y su naturaleza. Cuando te encontré, Tristan, nuestra caza ya estaba grabada en tus huesos. Ahora los persigues con habilidad y también con odio, eso es todo lo que cambié.

Su mandíbula se apretó. Tenía el sonido de la verdad en su voz.

—“Scholomance”—presionó—. “Existen otras maneras de unirse a la Guardia, o incluso esa escuela. ¿Por qué enviarme al Dominio de las Cosas Perdidas?”

—“Podrías haberte inscripto con solo mi palabra”, admitió Abuela con calma—, “pero habrías perdido la oportunidad con Cozme Aflor. ¿Un nombre en tu pequeña Lista, sí?”

—“Sí”, siseó Tristan.

Habían pasado semanas, y aún saboreaba el recuerdo de su cuchillo cortando esa garganta como si fuera el manjar más exquisito. Los hermanos Cerdan solo habían sido el interés por una vieja deuda. Cozme Aflor, él había sido el quinto en un saldo pendiente de liquidar.

—“¿Y qué aprendiste de él?”, preguntó Abuela.

—“Que todavía es Lord Lorent quien dirige su casa de horrores”, dijo Tristan—. “Se encuentra en algún lugar del Mar Trebian, pero el personal puede haber cambiado. El profesor Ceret está sirviendo como tutor de niños, ¡de todas las cosas!”

Se apretó los dientes.

—“Y ahora conozco al dios”, afirmó—. “Cozme lo llamó el Casamentero”.

Una pausa pensativa.

—“No me suena ese nombre”, dijo Abuela—. “Supongo que es un apodo, pues habría sido tonto usar su verdadero nombre. Sin embargo, esa información es útil. Lo hiciste bien”.

Y de repente todo encajó, como si nada.

—“Me usaste para acercarte a ellos”, afirmó Tristan—. “De una forma que no puede rastrearse, incluso si los Cerdan tienen gente en la Guardia. No solo era por mí, sino por lo que podía conseguir para la Krypteia”.

—“Y nos conseguiste un nombre, querida”, sonrió la anciana—. “No nos decepcionaste”.

—“¿Y la Teniente Vasanti? ¿Era otra presa para tu cazar con una sola piedra?”, preguntó con frialdad—. “Me odiaba desde el momento en que supo que me enseñaste, Nerei”.

Su mirada se estrechó.

—“Si eso es incluso tu nombre”.

Abuela lo miró durante un largo momento.

—“No es el que me fue dado al nacer”, le indicó—. “Pero es el que he conservado más tiempo y el que prefiero, pues fue ganado, no concedido”.

—“Ella te llamó una abominación”, desafió Tristan.

Ella rió, con casi satisfacción.

—“Soy la última de los cincuenta sirvientes del Rey Cambiante, consumidora de su nombre”, respondió Abuela—. “Por ello la llamaron Nerei la Comedora de Nombres, coronándome como heresiarca. Algún día entenderás ese significado, Tristan, y comprenderás que el miedo es lo menor que ese término merece”.

Aunque no entendía del todo por qué, el susurro de esas sílabas en el aire— heresiarca, rey en la herejía— le recorrió la espalda como un escalofrío, como si la misma palabra fuera una cosa terrible, venenosa al tacto.

—“Vasanti Kolanu buscaba desenterrar secretos que mejor sería dejar enterrados, y fue reprendidamente amonestada tres veces —dos por mí y una por uno de tus compañeros”, continuó Abuela sin interés—. “No le sentó bien esa lección”.

—“No respondiste a mi pregunta”, dijo Tristan en voz baja—. “¿Me preparaste para matarla tú misma?”.

Abuela sonrió.

—“¿Qué piensas tú?”.

—“Creo que dirías que lo dejaste en manos del azar”, afirmó el ladrón—. “Pero tú sabes cómo soy y sabes cómo era ella, así que el azar nunca fue una parte. Yo arreglé ese cabo suelto por ti”.

—“No mataste a ella tú misma”, dijo Abuela.

—“Tampoco tú”, respondió él—. “Pero esa no fue la forma en que me enseñaste a hacerlo, porque no funciona así en las Máscaras, ¿verdad? Te hice un favor. Eso significa que me debes algo”.

"Audaz", dijo ella, sin negarle, pero sin rechazar su petición. "¿Y para qué usarías un favor?"

Él hizo una mueca.

"Hay un hombre en Sacromonte", afirmó. "Estuvo casado con uno de los que participaron en la prueba—"

"Pietro Ragon", explicó ella. "El esposo rebelde del Asesino-General. Se fugó con dinero de Hoja Roja, creo."

Ni siquiera le sorprendió que ella supiera. Dioses, Abuela incluso sabía más que él—él ni siquiera conocía el apellido del esposo de Yong, mucho menos que tenía uno.

"Sí", afirmó Tristan. "Yong participó en un juego rojo, bajo la condición de que si llegaba a la tercera prueba, le cancelarían la deuda y lo eximirían. Logró llegar, pero..."

"Quieres que me asegure", dijo Abuela.

"Y que le cuente lo que hizo Yong", añadió él. "Lo haré un día, pero entiendo que quizás no pueda regresar a Sacromonte por algún tiempo."

"Es un favor desperdiciado", le advirtió ella. "Las coterías observan escrupulosamente todas las reglas de los juegos rojos."

Tristan frunció el ceño.

"Es el Hoja Roja", dijo con escepticismo. "Se mentirían hasta a sus propias madres por unas monedas de bebida."

"Eso es cierto", admitió Abuela. "Y sin embargo, no mentí."

Ah, una lección en forma de acertijo. Un rompecabezas cuyas piezas debe encontrar y unir haciendo las preguntas correctas.

"Los juegos rojos en sí son una locura", dijo el ladrón. "Pero muchos de los mayores coterías los practican. ¿Qué obtienen a cambio?"

"Es apostar", explicó Abuela.

"Un tipo de juego sin sentido", señaló Tristan. "Es caro comprar asientos y ni siquiera ven las muertes. Pagar una fortuna por informes parece un juego pobre. ¿Por qué no hacen que sus deudores peleen hasta la muerte en una jaula, si eso es lo que desean?"

"¿Por qué, en efecto?", respondió Abuela.

Él ladeó la cabeza. Había estado mirándolo desde la óptica equivocada, preguntándose por qué el Rojo de repente tendría conciencia. No la tenían, simplemente la decisión no era suya.

"No están apostando entre ellos", afirmó. "Hay un dios involucrado."

Abuela le sonrió.

"Las coterías apuestan sobre las formas en que mueren las víctimas", explicó la anciana, "y si aciertan, obtienen bendiciones de su patrón."

Él parpadeó.

"Eso es sacrificio ritual, o algo parecido", dijo lentamente. "Prohibido por los Acuerdos de Iscariote."

"Las muertes ocurren en los terrenos de la Guardia, bajo su supervisión", indicó Abuela. "Es una línea muy delgada, pero la cruzan —como llevan haciendo más de un siglo."

Y la Guardia permite que suceda, pensó Tristan, para que haya más muertes que alimenten a los dioses que utilizaban para mantener contenido al Fauce Rojo. Juegos rojos, destinos rojos y manos manchadas de rojo. Dioses, pero qué negocio más feo. Sin embargo, Maryam había roto la maquinaria y eso debería haber puesto fin a todo. Ya no había sello que fortalecer, ni altar que necesitar. Eso era algo.

"Entonces Pietro Ragon está a salvo porque si incumplen las condiciones de la apuesta, el dios se enfadará con las coterías", reflexionó el ladrón. "Eso sólo significa que la deuda será perdonada, aunque el hombre tal vez siga en problemas."

"Pequeños problemas", afirmó Abuela. "¿Vale la pena usar un favor en eso?"

Tristan suspiró.

"Sí", dijo con pesar. "Por favor, arréglalo tú."

Para su sorpresa, la anciana pareció aprobarlo.

"Ordenar bien todos tus cabos sueltos es la marca de un profesional", dijo. "Una decisión sensata, que merece una advertencia."

Él tragó saliva.

—Estoy escuchando—, dijo Tristan.

—Eres un hombre buscado—, dijo Abuela—. Se ha puesto precio a tu cabeza: capturarte vivo.

No ocultó su sorpresa.

—¿El Cerdan?—, preguntó.

No deberían saber quién es, al menos no lo suficiente como para ponerle precio a su muerte. Su asesinato de Remund Cerdan seguía siendo un secreto para todos, excepto para Maryam y una mujer muerta.

—No—, dijo Abuela—. Es alguien dentro de La Guardia, con conexiones. Scholomance ya no será seguro.

—¿Se permite a los estudiantes pelear entre sí?—

Había pensado que las pruebas del Dominio eran una excepción, no la regla.

—Sí. No para matar, pero casi cualquier cosa menos eso—, respondió la anciana. —Secuestrarlos y venderlos no sería ilegal, estrictamente hablando.

Le habría restregado la punta de la nariz si pudiera. Ni siquiera habían atracado en esa maldita isla y ya otros estudiantes tenían la intención de hacerle la vida imposible.

—¿No hay nada que puedas hacer?—, intentó.

—No te preocupes por manos ajenas a las de otros estudiantes—, dijo Abuela—. Eso es lo que he hecho.

Asintió lentamente en señal de agradecimiento. Ella estaba interfiriendo con quienquiera que estuviera detrás de esto, pero no podía meterse más allá de lo que cualquiera pudiera, ni siquiera en los asuntos de Scholomance. No era un acuerdo cómodo, pero tendría que aceptarlo. Tendría que vivir con ello. Abuela se inclinó hacia adelante, palmeándole el hombro.

—Un último consejo—, afirmó—. No esperes a que te fabriquen una placa. Toma la que tengan a mano.

Aunque no tenía idea de qué sería una placa, Tristan guardó ese consejo en su memoria. Si ella había pensado en dárselo, valía la pena considerarlo. Sin embargo, el aura de misterio merecía una exploración más profunda.

—Enigmático—, dijo, orgulloso del doble sentido.

Incluso en la oscuridad, podía sentir la mirada despectiva que le estaban clavando.

—Eso ya no hace gracia desde hace por lo menos un siglo—, suspiró Abuela.

Tristan habría devuelto una señal obscena, pero sus extremidades seguían moviéndose sin control. Realmente necesitaba pedirle esa receta para la próxima vez, podría imaginarse múltiples usos para ella. La anciana se levantó, sacudiendo un trozo de pelusa de la camisa holgada que llevaba. Esa camisa y esos pantalones eran los mismos que usan la mayoría de los marineros, notó.

Entonces, le vino a la mente que la Feria de las Vistas estaba a días de cualquier tierra y no había desacelerado lo suficiente para que otra nave pudiera atracar.

—¿Has estado en el barco todo este tiempo?—, preguntó Tristan.

—¿De verdad?—, reflexionó Abuela. —Quizás. Podrías saberlo si me vieras salir.

El ladrón miró sus extremidades inútiles y suspiró.

—¿Me puedes decir al menos dónde está mi cuchillo?—

—Sí—, aceptó la anciana.

No le sorprendió que se alejara sin decir otra palabra, desbloqueando la cerradura y cerrando suavemente la puerta tras ella. Tristan se dio la vuelta, moviendo las caderas para ver si podía sentarse, pero terminó con la cara contra el suelo.

—Para una verdadera postración, debes estar de rodillas con las manos más allá de la cabeza—, dijo Fortuna—. De todos modos, te doy puntos por intentarlo.

—Gracias por la ayuda, como siempre—, respondió con sarcasmo. —¿No te hubiera costado avisarme antes de escaparte?

“No corrí por eso,” mintió la Dama de Altas Probabilidades. “Simplemente estaba ocupada con otras cosas.”

“Qué curioso que siempre estés ocupada cuando ella viene de visita,” dijo Tristan.

“Casualidad,” desestimó Fortuna.

“ Él volvió a lanzar, levantando la vista y encontrando a Fortuna sentada sobre el baúl que contenía sus asuntos. Había cambiado nuevamente el estilo de su vestido: aunque seguía siendo de un rojo sangre, ahora llevaba un cuello alto y un manto pálido que caía en mangas abombadas. Las faldas estaban más ajustadas, aún ocultando sus pies, pero ya no arrastrándose detrás. También había optado por adornarse con más joyas: el cinturón suelto alrededor de su cintura era una cuerda dorada con jaspe rojo, y sobre su manto lucía un gargantilla de oro alternando rubíes y perlas.

“ “Tu humor ha cambiado,” observó. “¿Temes tanto a su dios?”

“ Él no tenía certeza de que Abuela tuviera un contrato, pero siempre había supuesto que sí. Era eso o que ella era medio-fantasma, capaz de aparecerse y desaparecer a voluntad. Fortuna lo miró con enfado.

“ “No temo nada,” insistió su diosa. “Ella es discordante, Tristan. Es... imagina el peor sonido que conoces, convertido en una canción.”

“ “Discordante,” repitió el ladrón. “¿En contraste con ‘armónico’?”

“ La palabra que ella empleaba para definir la santidad. Fortuna apartó la vista sin responder, lo cual fue casi una confirmación. Entonces, ¿cuál sería el opuesto de la santidad? Tal vez poseer un alma tan hostil a lo divino que fuera un dolor para los dioses estar en su presencia. Tristan ansiaba saber qué era un hereje, aunque parecía una pregunta peligrosa para hacer. Tendría que ser cauteloso, evaluar los riesgos y ganarse la deuda de un sabio.

“Comienzo a mirar con interés la Scholomance,” reflexionó Tristan. “Parece un lugar lleno de oportunidades.”

“ Y también de enemigos, pero ¿de qué lugar no era así? El estómago del ladrón gorgoteó ominosamente. Ah, los efectos secundarios del toxín de mariscos de los que Abuela le había advertido. Tristan intentó mover las manos y logró hacer que algunos dedos se estremecieran.

“ Ahora le tocaba descubrir qué llegaría primero: si los miembros que funcionaban o las corrientes.

“ --

“ El desayuno en la Vistas Justas resultaba extraño.

“ El galeón era el barco más grande en que Tristan había subido, pero la capitana Krac — no intentes bromear, la primera oficial les advirtió, ha oído todas y tiene carácter — había organizado todo para que pudieran comer entre turnos de los marineros. Los cuatro solían encontrarse solos en la sala común, una sensación extraña en un barco que parecía abarrotado incluso con una tripulación escasa.

“ El cocinero matutino era un hombre viejo de Sacromonte, con un ojo perdido y la mayoría de sus dientes ausentes, que había reemplazado con plata visiblemente falsa. Él y Tristan se habían entendido de inmediato, oliéndose mutuamente, y como consecuencia el anciano simplemente levantaba una ceja en lugar de preguntar por su ojo morado o... su malestar nocturno. Tristan salió con su plato y su jarra, agradeciendo con gesto, solo para ser atacado de inmediato por su propia tripulación.

“¿De alguna forma perdiste una pelea con la estructura de tu cama?” preguntó Maryam, con de la boca una mueca.

“ Él frunció el ceño, sin mucho interés, mirando a la Triglau. Habiéndose despojado de cualquier pretense de disfraz, como Song, la mujer de piel pálida, vestía ahora completamente con ropas negras de vigilante. Una túnica con botones plateados que llegaban más allá de las rodillas, pantalones negros metidos en altas botas de cuero. Con una venda en la cabeza para mantener su flequillo apartado, parecía muy parecida al manto negro que llevaba desde que se conocieron.

También sonó divertida, pues Tristan estaba maldito para estar rodeado de mujeres que disfrutaban con su sufrimiento. A veces sospechaba que en una pasada anterior por el Círculo, había cruzado el camino de alguna gran diosa de la feminidad.

“Anoche me visitaron,” gruñó el ladrón, dejando su plato sobre la mesa.

Él ocupaba el espacio vacío junto a Song, frente a Maryam y Tredegar, quien solo le dedicó una inclinación con la cabeza, devorando su comida con un entusiasmo educado. Para su constante desconcierto, la noblewoman parecía disfrutar de la comida del barco. Más que él, al menos; estaba acostumbrado al pescado y al queso, pero podía prescindir de la cerveza.

Lamentablemente, el capitán Krac había restringido el consumo de agua potable hasta la próxima lluvia, por lo que debía beber esa brebaje fermentado sin importar sus preferencias.

“Por lo que he oído, fue un ataque de sarna,” comentó Song con tono irónico. “Aparentemente, la tripulación pensó que estaban atacándote.”

Song vestía casi igual que Maryam, aunque, a diferencia de los Triglau, llevaba siempre puesta la capa negra que la acompañaba, incluso en el interior. Por la apariencia, parecía haber remendado recientemente esa larga trenza que descendía por su espalda.

“¿Fueron los bizcochos sumergidos?” preguntó Tredegar con tono comprensivo. “Vi a algunos tripulantes ofreciéndotelos, pero eso es un riesgo. Mi madre siempre decía que nunca debías comer comida a bordo del barco que no haya probado antes el cocinero.”

En realidad, ese consejo parecía bastante sensato, como la mayoría de las advertencias que Angharad Tredegar atribuía a su madre. Le habían contado que ella era una exploradora famosa de Malani, pero ‘Sizani Maraire’ no le decía nada. Hace un mes, habría pensado que la preocupación de Tredegar era infundada, tal vez una puñalada verbal, pero Tristan había aprendido a no subestimarla. La noblewoman era dolorosamente sincera, lo que, de alguna forma, hacía que esto fuera aún peor.

Era un poco temprano para que un hombre estuviera sitiado por todos lados de esa manera, pero Tristan sabía desde hacía mucho que la vida estaba llena de injusticias.

“Sí, me atacaron,” dijo Tristan, reuniendo los últimos pedazos de su orgullo. “Abuela entró en la noche, me golpeó, envenenó y luego dejó algunas migajas de información.”

Angharad Tredegar se enderezó en el banco, con los ojos más duros.

“Somos huéspedes en este barco, protegidos por la Guardia,” dijo ella. “Atacarte sería...”

“Agradezco la preocupación,” intervino Tristan, sorprendido al darse cuenta de que en su interior sentía que realmente le importaba, “pero siempre ha sido así con ella. Es una maestra dura, pero no injusta.”

“Ah, una lección,” asintió la mujer de piel oscura. “Lo entiendo.”

El ladrón la miró de reojo. Cuando mencionaba los métodos de Abuela, generalmente la gente no le creía; un sacerdote de la Ortodoxia pensaba que ella era una proxeneta que lo maltrataba, algo que Fortuna no había dejado pasar durante meses. Por eso, tenía que admitir cierta preocupación ante la falta de inquietud de Tredegar. Claro que sus padres intentaron alimentar al Pereduri con un monstruo una vez al año desde que ella tenía ocho, así que quizás sus estándares estaban algo distorsionados.

Maryam se inclinó sobre la mesa, frunciendo el ceño y lentamente colocando un dedo sobre el puente de la nariz de Tristan. Él quedó bizco intentando comprender qué hacía, hasta que ella retiró su dedo.

“No emites ninguna diferencia en el éter,” dijo ella. “No deberías estar maldita. Eso puedo decir, al menos — no es mi especialidad. Y aunque quisiera burlarme de ti por que te hayan golpeado otra anciana, lo que realmente me sorprende es que esa Abuela tuya apareció en nuestro barco en medio del mar.”

Tristán encogió los hombros.

—Es Abuela —dijo.

—Eso no es una explicación —le informó Maryam.

—Déjalo pasar unos años —contestó Tristán con sinceridad—, y será así.

Había sido algo impactante, cuando era niño, comprender que aquella dulce anciana que claramente se había perdido en la Sombra y necesitaba ser advertida sobre los chicos del Menor Mano, que querían robarla y venderla a una tripulación de Bajamar — en realidad nunca había estado en peligro. Ella, si acaso, había sido el peligro mismo.

Song aclaró la garganta.

—¿Mencionaste información? —preguntó.

Este asunto no ha terminado, le reseñó Maryam en silencio desde el otro lado de la mesa. Chwop billy tang, le respondió el ladrón en un susurro ilegible, suficiente como para que ella pensara que había fallado al leer sus labios correctamente. Song levantó una ceja mientras él la miraba de nuevo.

—Aparentemente, hay un precio por mi cabeza —dijo—. Algunas personas podrían estar tras de mí en Scholomance.

Una pausa.

—Como prisionero —aclaró—, no como un cadáver.

—¿Ya? —reflexionó Maryam, masticando su queso—. Eso probablemente sea un récord, Tristan. Nuestro pacto ya está marcando un camino inédito.

—Tómalo en serio, Maryam —dijo Song con tono plano—.

Tredegar no mostró ninguna reacción ante la idea de que podrían aparecer más enemigos, pero Song se encontraba claramente irritada. Tristan y los Tianxi no se llevaban especialmente bien — que el noble entre su tripulación fuera más manejable que el republicano fue una sorpresa desagradable — aunque aceptaba que su antipatía no influía en cómo la trataba. Era una profesional, y eso era algo que respetaba.

—Las dificultades se multiplican —suspiró Song—. Tristan, por favor investiga el asunto una vez que amarren para que podamos decidir la mejor manera de resolverlo.

—Ya tenía esa intención —se encogió de hombros Tristan—.

Es mejor acudir a los presuntos secuestradores antes que ellos vengán a buscarlo, ya que elegir el terreno parece mucho más probable de no terminar con él encadenado en el vientre de alguna nave.

—También me han aconsejado aceptar cualquier placa que tenga a mano en lugar de esperar que se forjen nuevas —agregó—, aunque no sé muy bien qué significa eso.

El rostro de Maryam no revelaba indicios de sus pensamientos, y Tredegar permanecía atento con cortesía, lo que seguía siendo... inquietante. Es Quien tenía las respuestas.

—Cuando nuestro pacto esté registrado en los registros de la escuela, se nos concederá financiación y placas de identificación para acceder —explicó—. Solo sé lo suficiente de Scholomance para no poder decirte más.

Tristán soltó un murmullo.

—¿Cómo sabes tanto de Scholomance, de todos modos? —preguntó—. Maryam no parece hacerlo.

Le lanzó una mirada a la mujer de piel pálida, que se encogió de hombros.

—Yo no —dijo—. El Navegante que me recomendó hace años que no ha llegado tan al sur en mucho tiempo y, antes de que me propusieran una candidatura, vivía en una de las avanzadas en islas del gremio. No es el tipo de lugar donde se trafica con chismes jugosos.

Por supuesto, Maryam no era miembro del Gremio Akelarre. Como Song, formaba parte de la base de la Gendarmería, aunque fue reclutada por un Navegante y solo residía en puestos de avanzada bajo la autoridad del Gremio. Claramente, la estaban preparando para el pacto antes de ofrecerle la vía rápida de ingresar a través de su graduación en Scholomance.

—Como todos ustedes, tengo un vínculo en la Vigilancia —admitió Song—. Mi tía abuela, viuda de un miembro de la Academia. Él fue quien me recomendó.

—¿Y él tiene algo que ver con Scholomance? —preguntó Tristan.

—Es de rango suficiente para conocer algunas cosas, pero solo hasta cierto punto. La escuela es una especie de feudo privado dentro de la Guardia, —dijo el Tianxi.

—Mi tío mencionó que planea encontrarme en Scholomance tan pronto como pueda —dijo Tredegar—. Podría preguntarle al respecto.

—Ah, sí, el famoso tío Osian. Aquel con fondos aparentemente ilimitados y su jolgorio con los sobornos —pensó Tristan—. Me parece sumamente extraño que un oficial Pereduri esté dispuesto a gastar una fortuna en ayudar a una sobrina a quien solo ha visto dos veces, pero quizás es su lado huérfano hablando.

—Si vamos a registrarnos, probablemente sea el mismo día en que lleguemos —dijo Tristan—. A menos que ya esté allí y te esté esperando, tendremos que decidir a ciegas.

Tredegar asintió en señal de aceptación.

—No sería prudente ignorar una advertencia de un alto mando de las Máscaras —observó Song—. Sigamos su consejo si podemos.

—Podríamos preguntar a Ferranda y a los demás si saben algo —sugirió Maryam—. Deberían llegar aproximadamente una semana antes que nosotros.

La suerte no les había sido favorable. La Lady Ferranda Villazur había aceptado la propuesta de ser recomendada para Scholomance por la Academia, y le habían informado que la mejor forma de terminar los trámites a tiempo era pasando por la Guarida. Como resultado, mientras Ferranda y las dos personas con las que intentaría formar una hermandad —Shalini Goel y Lord Zenzele Duma— partieron con el Bluebell días antes de la llegada prevista de los Fair Vistas, los cuatro deberían haber llegado a Scholomance mucho antes que los otros.

Solo los Fair Vistas llegaron retrasados en una semana y media, con una tercera parte de su tripulación ausente cuando atracaron en Three Pines. Se encontraron con una tormenta de Gloam,

qué mala suerte. Si no hubieran contado con un navegante experto, la tormenta seguramente habría acabado con toda su tripulación. Hay una razón por la cual Tristan y los demás tenían cabinas individuales en lugar de compartirlas.

—Apruebo en principio la idea de comunicarnos —dijo Song—, pero en la práctica será difícil localizarlos. El número de estudiantes que asisten debe ser ligeramente superior a los cuatrocientos.

Tristan dejó escapar un suspiro bajo.

—Eso significa que hay muchas personas peligrosas —comentó.

Quizá algunos, por sus conexiones, serían más dóciles, pero cualquiera que lograra entrar en Scholomance seguramente tendría una cierta ventaja.

—La escuela misma podría ser tan peligrosa como la competencia —dijo el Tianxi—. Debemos ser muy cautelosos al llegar. Ya nuestras... situaciones traen enemigos, no podemos permitirnos crear otros nuevos.

Tredegar aclaró su garganta, lo que le valió una ceja levantada con cariño de Song.

—¿Sí?

—Entonces, recordemos que Tupoc habrá tenido semanas allí para reclutar seguidores —dijo—. Ya no estará solo.

Tupoc Xical se había ido un día antes que el Bluebell, eso era cierto. El Aztlán había conseguido buen contacto con una hermandad durante la batalla por Cantica, y uno de sus miembros insistió en que Tupoc navegara con ellos.

—También se supone que deben pasar por la Guarida —apuntó Tristan—. Él podría llegar al mismo tiempo que los de Ferranda, pero no mucho antes. Claro, ni semanas.

Tredegar negó con la cabeza. Para su sorpresa, también lo hizo Maryam.

—¿No echaste un vistazo a la carcasa de su barco? —preguntó el Pereduri.

Tristán negó con la cabeza. Había evitado los muelles en Tres Pinos, desconfiado de atraer la atención de la camarilla antes de que partieran. Si uno de ellos era una Máscara, podrían mostrar curiosidad por los extraños detalles que rodeaban la muerte de Cozme.

—Era de metal —aportó Song—. He visto otros como ese antes, aunque rara vez y solo ondeando banderas de Vigilancia.

—Son naves tomic —dijo Tredegar—. Es decir, su casco está fabricado con una aleación tomic. Quizá los conozcas mejor como 'escaladores'.

El ladrón parpadeó. Había oído ese nombre antes.

—¿Como las naves mágicas que nunca pierden su camino y pueden volar? —preguntó con escepticismo.

—En realidad, no pueden volar —dijo la noblewoman, con una ligera nota de decepción—. Pero el metal es una aleación antediluviana con propiedades extrañas que atraviesan la Gloam y el éter. Se deslizan sobre la superficie, de allí su nombre.

—Eso es solo en parte cierto —apuntó Maryam.

Recibió una mirada dura de Tredegar por esa expresión, mientras sonreía inocentemente. Aquellos dos se llevaban peor que él y Song, y ni siquiera estaba seguro de poder culpar completamente a la noblewoman por ello. Cuando ella enfurecía a Maryam, generalmente era por accidente.

Maryam, en cambio, lo hacía a propósito con toda intención.

—Se puede tener una nave tomic que no sea un escalador —continuó la mujer de ojos azules—. La mayoría no lo son. Hay algunas que ni siquiera fabrican todo el casco con aleación, solo la quilla. Por eso, puedes enriquecerte saqueando ruinas del Primer Imperio y no encontrar artefactos: incluso una estructura de puerta hecha de aleación tomic valdrá una fortuna si la desmontas y la vendes.

Le parecía interesante que nunca hubiera oído hablar de eso en los muelles, pero ese tipo de comercio solía ser demasiado arriesgado para su sangre.

—¿El barco en el puerto era de esas? —preguntó Tristan.

Maryam asintió con la cabeza.

—Solo tenía casco de metal —dijo—. Pero sigue siendo más rápido que cualquier cosa hecha de madera.

—Excepto la madera de hierro Malani —agregó suavemente Tredegar—.

Ella pareció bastante satisfecha por poder corregir a Maryam a su manera. La Triglau rodó los ojos.

—Excepto la madera mágica que Malani no vende a nadie, sí —acuerdo Maryam—. Para que un barco sea un escalador, además, necesita un motor éterico. Eso es mucho más raro, y aunque superan en rendimiento a todo lo demás, nadie hace escaladores en la actualidad.

—¿Realmente son tan difíciles de fabricar los motores? —preguntó Song, con sorpresa.

Qué típica de Tianxi, pensó Tristan con diversión, como si no fuera un problema fabricar copias mediocres de maravillas antediluvianas. La mitad de los Seis estaban en lo más alto de la escala en el infanzon, principalmente porque habían conseguido alguna reliquia del Primer Imperio y sabían cómo aprovecharla.

—Solo puedo suponer que todo depende del dinero —dijo Maryam—. Los motores étericos que podemos fabricar están muy por debajo de los heredados del Primer o incluso del Segundo Imperio, así que los mayores barcos que podemos construir siguen siendo menores que una carabela.

Tristán no era marinero, pero había trabajado en el Muelle lo suficiente como para aprender un par de cosas sobre barcos comerciales. Se sabía que las carabelas eran elegantes, veloces y requerían tripulaciones pequeñas, pero en el mar Trebiano eran poco frecuentes, ya que no podían transportar mucha carga. Los cascos, naos y galeones eran mucho más rentables, a menos que tuvieras mercancías pequeñas y quisieras moverlas rápidamente. Las carabelas eran principalmente naves malani y ramayanas, diseñadas para explorar mares oscuros y lejanos.

"Así que las embarcaciones que podemos construir son costosas, demasiado pequeñas para la guerra y el riesgo de exploración resulta demasiado alto en cuanto a gasto," resumió Tristan.

"También necesitan un astillero dedicado en terrenos especiales y los materiales para el motor son casi tan raros y caros como las aleaciones de tómar," dijo Maryam. "Las grandes potencias probablemente puedan permitirse construir algunas embarcaciones, pero ¿para qué? Las viejas se conservan bien, así que la mayoría de las naciones aún tienen barcos heredados en servicio, que hacen que cualquier cosa que puedan construir parezca juguetes de niños."

"Las Repúblicas tal vez las compren," observó Song. "La mayor parte de la flota de la época del Reino de Cathay ha sido hundida o robada."

"Nadie venderá barcos a las Repúblicas," dijo Tredegar, sin malicia. "Los Tianxi ya son muy peleadores en el mar, ninguna otra potencia querría fortalecer su posición."

Tristan se atragantó.

Eso era más que un poco gracioso viniendo de un Pereduri, de todas las cosas. El Reino de Malan era famoso no solo por producir más piratas que todas las demás grandes potencias juntas, sino también por su tendencia a fondear flotas de guerra justo fuera del alcance de bombardeo de cualquier nación pequeña con la que quisieran establecer comercio. Era un chiste de marineros viejos que cualquier tierra descubierta por los barcos de la Alta Reina pronto tendría que escoger entre su oro o su plomo.

"Estoy seguro de que el Tianxia ha estado involucrado en muchas disputas en el mar," respondió calmadamente Song, con una delicada reprimenda. "De todos modos, nos hemos desviado de nuestra conversación original. Supongo que tu punto es que en tal nave Tupoc llegará mucho antes que nosotros, o que la tripulación de Ferranda, por ejemplo?"

Tredegar asintió.

"Él formará una camarilla, o tomará una," dijo el Pereduri. "Debemos estar preparados para enfrentarlo."

"Es un Stripe, así que la única de nosotros que debería compartir clases con él es Song," afirmó Tristan.

La Tianxi negó con la cabeza.

"Solo la mitad de las clases serán manejadas por nuestros covenants," dijo. "También habrá clases generales, donde podríamos encontrarnos con él."

Lo que implicaba que, efectivamente, lo harían, porque Tupoc no podría resistir la tentación de molestar a sus viejos amigos del Dominio.

"Dicen que no podemos matar a otros estudiantes de la Scholomance," dijo Tristan. "Pero también que casi nada más que eso está prohibido."

Tredegar se animó, y su mirada se dirigió a Song.

"Si le corto todos los miembros, ¿crees que volverían a crecer?"

La ladrona tragó en silencio, la boca seca. El tono era esperanzador, como el de un niño pequeño que piensa que quizás reciba cordero para la cena. Como si no estuviera hablando casualmente sobre amputar los brazos y las piernas de un hombre. Dioses, cada vez que pensaba que ya se había acostumbrado a ella.

"Quizá deberíamos intentar primero con diplomacia," respondió Song con calma. "De cualquier modo, a diferencia de la tripulación de Ferranda, lo mejor sería evitarlo si podemos. Espero que sus compañeros estudiantes tengan mucha menos paciencia para sus payasadas que Circunstancia nos obligó a mantener en el Dominio."

Tristan gimió.

"Estamos dando vueltas en círculos," dijo. "No tiene sentido hacer un plan si no conocemos el terreno por el que vamos a avanzar."

"Eso no es... del todo falso," concedió Song con poca disposición.

"No será demasiado tarde para decidir una vez lleguemos a la Scholomance," dijo Tredegar.

Se levantó de la banca, recogiendo el plato que había vaciado antes de que alguien más en la mesa pudiera hacerlo.

"Me prometieron un combate con uno de los oficiales; no quiero llegar tarde," les informó. "Si me disculpan, debo retirarme."

"Es probable que me acompañes," dijo Song. "Terminé el libro que el Capitán Krac me prestó; debería devolverlo antes de solicitar otro."

Él y Maryam los despidieron, aún con sus propias comidas sin terminar. Después de que se retiraron para devolver sus platos al cocinero, dejando a los dos solos, él alzó una ceja hacia su amigo.

“Tienes bastante conocimiento sobre los planeadores,” afirmó con intención.

“Para manejarlos correctamente, se necesita un Navegante,” respondió Maryam con una confianza demasiado calmada. “Preferiblemente un Tinkerer de la rama del éter, pero siempre un miembro de la guilda Akelarre.”

Él no dijo nada, solo llevó un bocado de su pescado salado a la boca.

“Y quizás tengo un interés personal en ellos,” admitió.

El ladrón de ojos grises inclinó la cabeza ligeramente.

“¿Puedo preguntar por qué?”

Maryam lo observó un largo momento, luego suspiró.

“Hay un lugar al que necesito ir,” dijo. “Y creo que es el único tipo de embarcación que podría llevarme allí.”

“¿Este lugar tuyo... —¿es peligroso?” preguntó de forma distraída.

“Muy.”

“¿Secreto?”

“No existen mapas de ese sitio.”

“Y, supongo, está prohibido.”

“Por dioses y hombres,” coincidió ella.

“Suenas,” meditó Tristan Abrascal, “como un lugar interesante para visitar, uno de estos días.”

Ojos azules sobre grises. Un momento pasó, luego sus hombros se relajaron.

“Quizás podría convencerte de que te unas a mí,” sonrió Maryam Khaimov.